

Tibór Chaminaud

Cuentos
del
Hormiguero

STOCKCERO

Chaminaud, Tibor

Cuentos del hormiguero. – 1ª. ed. – Buenos Aires : Stock Cero,
2004.
356 p. ; 23x15 cm.

ISBN 987-1136-19-6

1. Narrativa Argentina Título
CDD A863

Copyright © Tibor Chaminaud

1º edición: 2004 ©Stockcero
Stockcero
ISBN N° 987-1136-
Libro de Edición Argentina.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723.
Printed in the United States of America.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

stockcero.com
Viamonte 1592 C1055ABD
Buenos Aires Argentina
54 11 4372 9322
stockcero@stockcero.com

Tibór Chaminaud

Cuentos
del
Hormiguero

Lecciones de la sociedad de consumo

Manjares de plástico, sueños de plástico. Es de plástico el paraíso que la televisión promete a todos y a pocos otorga. A su servicio estamos. En esta civilización, donde las cosas importan cada vez más y las personas cada vez menos, los fines han sido secuestrados por los medios: las cosas te compran, el automóvil te maneja, la computadora te programa, la TV te ve.

Globalización, bobalización, Eduardo Galeano ¹

1 Del libro de Eduardo Galeano *Patas Arriba*, pág. 255. Catálogos, Buenos Aires, 6a. edición, octubre de 2002

Para las artistas plásticas Chichina de
Chaminaud (Mercedes Marta Canut)
y María Cristina Silva de Chaminaud

Tibór

De vuelta al pago

Agosto del 2001

A fines de 1976 me había ausentado del país y ahora, después de más de veinticinco años, regresaba casi como un extraño...

Claro que las condiciones de la Argentina en cuanto a libertades individuales habían cambiado sustancialmente con respecto a aquellos años negros de la dictadura militar.

En noviembre del '76 militaba en el peronismo de base y si bien no actuaba en ninguna organización paramilitar, como escritor me había jugado en algunas publicaciones que en ese entonces estaban totalmente prohibidas. La palabra peronista sonaba a subversión. Al día siguiente del asesinato del Che, había escrito un largo e indignado poema dedicado a su memoria, que se publicó dos años después en un libro que, editado, fue a parar de la imprenta al domicilio de un amigo y que nunca se distribuyó, dadas las condiciones que imperaban en el país. Pasados unos años, precisamente a fines del 76, alguien lo hizo llegar a los servicios. ¡Había permanecido ignorado durante largo tiempo...!

Iona llegó a mi departamento, totalmente alterado y temblando

me dijo: te la tenés que tomar ya; tu libro ha sido detectado y hoy por la mañana se ha ordenado tu captura.

Sin consultarme, abrió el placard del dormitorio y tomando una valija empezó a llenarla de pantalones, camisas, medias y una serie de prendas de vestir que me pertenecían.

—¡Pará, pará!, —le dije tomándolo de un brazo—. ¿De qué libro me hablás...?

—Del que nunca se distribuyó —me contestó.

—¿Y? —le dije.

—¿No te das cuenta, pelotudo? ¿Acaso vivís en la luna...? En tu libro, el que nunca se distribuyó, hay una punta de poemas que a los milicos les retuercen las pelotas. Los dedicados al Che, a Tania, a García Elorrio, a Fidel... Ya hablé con el Negro. Te tomás el 60, te bajás en la Estación del Tigre y en la lancha colectiva que va al Paraná Guazú y que sale a las cuatro de la tarde, te vas para lo de Ramón.

Estupefacto, pero cagado en las patas, le dije:

—¿Qué Ramón...?

—Bueno, mirá —me dijo—. Yo te acompaño. A Ramón no lo conoce nadie. Es un peronista de ley. Pero peronista, peronista. Vive en un ranchito cruzando el Guazú, en tierra de los panzas verdes. Después, desde allí te van a cruzar en canoa para el Uruguay. Mientras estemos en lo de Ramón, te voy a explicar la conexión para que te vayas a España. Te haré llegar documentos con otro nombre y algunos mangos. Los gallegos están en otra y tenemos muchos amigos compatriotas que te ayudarán.

Agarrándome del brazo, mientras me metía de prepo un saco que dejara minutos antes en una silla, pretendía sacarme casi a los empujones.

Desprendiéndome violentamente de sus brazos, me dejé caer en una silla, muy apesadumbrado. A medias le dije, reprimiendo el llanto:

—¡Cómo se ve que no sos el que se va...! Tengo que avisarle a Laura. Esperá que la llamo.

En el momento que tomaba el teléfono, me lo arrancó de las manos, diciéndome:

—¡No seas pendejo! ¿No te das cuenta que podés tener pinchada

la línea...? Yo me ocuparé de Laura y de tus viejos.

—¿Y mis libros? —le contesté—. ¿Y los Cuentos del Hormiguero que acabo de pasar en limpio? ¡Me llevó más de dos años escribirlo y no debo ni puedo perderlo! ¡Vendrá conmigo!

Y uniendo la acción a la palabra, quité la llave a un hermoso y antiguo escritorio, delgado y alto, que me llegaba a la barbilla; haciendo que la persiana de cedro se deslizara metiéndose por detrás del mueble, corrí uno de los diez cajones y extraje una voluminosa carpeta que en cuatrocientas hojas mecanografiadas guardaba lo que para mí era un tesoro. ¡Todo el mueble era un tesoro! ¡Me había conocido a mí, antes que yo a él, ya que mi padre lo tenía desde sus años de estudiante y me había visto nacer en el consultorio del viejo, cuando mi madre me dio a luz sobre una blanca camilla a unos pocos centímetros de esa elegante y alta caja de cedro...! ¡Cuántos recuerdos se agolparon en mi corazón en esos breves instantes...! La niñez en Hernández, ese pequeño pueblo de Entre Ríos, el Colegio Nacional en Rosario, la facultad en Santa Fe, y ahora me tenía que ir al extranjero...

Levantando la puerta corrediza, que al deslizarse hizo el mismo y viejo ruido familiar, alargándole el proyecto de libro a Iona, le dije, dándole un fuerte abrazo:

—Guardámelo hasta la vuelta. ¡*Hasta que estos mierdas se vayan...*!

Iona tomó la valija, metió el libro y agregó:

—Iremos en ómnibus a lo de Pancho y allí lo dejaremos. Vos sabés que Pancho no anda en nada y te lo sabrá guardar.

Y nos fuimos a los rajes. Al salir a la calle creía ver en cada transeúnte a un tipo de los servicios...

Después el río Paraná, Uruguay, Brasil, España.

Los queridos gaitas me trataron muy bien.

A Laura se la llevaron unos meses después. Dicen que su cuerpo fue a parar al Río de la Plata... Un sentimiento de culpa siempre me invadió. ¡Pobre Laura! ¡Había cometido el delito de ser mi amiga íntima...! No sabía nada de nada, pero la apretaron duramente en la ESMA buscando información. Era una hermosa pendeja, recién recibida de abogada. En su agenda aparecía mi nombre...

Habían pasado veinticinco años y ahora ¡estaba de vuelta...!

Toqué tierra en una aeronave extranjera. Ya no existía Aerolíneas Argentinas... Al bajar, me topé con unos cien ex-empleados de la otra gran empresa, que desplegando cartelones y golpeando innumerables bombos, pedían les pagaran salarios adeudados.

Llevaban una bandera argentina que se me metió por los ojos como una bendición. En casos así, cuando veía a mi bandera como entristecida, recordaba aquellos versos de Chassaing –el abogado - militar - diputado - periodista– que murió prematuramente y que aún todos los niños dicen en la escuela primaria: “*página eterna de argentina gloria, ¡melancólica imagen de la Patria...!*”

Me abrí paso por la multitud como pude.

Las hormigas eran siempre las mismas. Pero de un solo golpe de vista me di cuenta que algo había cambiado, pero no para bien. Aquellos ex-empleados de Aerolíneas eran tipos de la clase media. Se lo notaba en sus ropas, en su calzado, en sus corbatas. Las mujeres aún vestían más o menos bien. Era cierto, entonces, lo que me habían dicho en España: *tu país se ha quedado sin clase media*. Es pobre. Hay mucha desocupación. Los políticos son, la mayoría de ellos, corruptos. Las noticias de actos públicos ilícitos llegaban periódicamente a Madrid. Tanto los diarios como la televisión y distintos medios hablaban de nosotros. El expresidente Menem, que cuando tuve que irme era un personaje desconocido, apenas con cierta notoriedad en su provincia natal, La Rioja, luego de una fulgurante campaña política, le ganó por poco la interna del justicialismo al Dr. Cafiero, logrando unificar al peronismo auténtico, sediento de postergadas promesas. Con una cabellera y estampa idéntica a Facundo Quiroga, el Tigre de los Llanos, y con la consigna del salariazó y ¡*Siganme que no los voy a defraudar...!* se dió el gustazo de ser presidente constitucional ¡*por dos veces...!* Pero ahora estaba detenido y se lo acusaba de dirigir una organización ilícita, formada principalmente por ex-ministros, miembros del Banco Central y otros funcionarios, si nos atenemos al dictamen de un fiscal de la causa y del juez interviniente. Fuera o no cierto, el hecho era altamente vergonzoso. ¡Un ex-presidente de la Nación detenido como presunto jefe de una banda que se dedicaba durante la gestión de gobierno a cometer delitos de una gravedad inusitada...!

Estábamos a mediados de agosto del 2001.

Bueno, pero después de todo, ¡éste es mi país...!

El equipaje era muy reducido. Apenas un bolso y la consabida computadora portátil.

Por la Aduana pasé como un bólido, esta vez con mis documentos en regla. Igual cosa ocurrió en Migraciones. Los empleados se sorprendían —lo notaba en sus rostros— cuando comprobaban no obstante mi pronunciado acento español, que era argentino. Una mocosa veinteañera que atendía en uno de los mostradores me preguntó:

—¿Así que sos periodista? ¡Qué lindo! —me dijo— ¡Cómo me gustaría ser periodista!

Tenía un cuerpo y unos ojos de “¡puta madre!”, como dicen los gallegos.

—Y, debés empezar —le dije—. Represento a un medio español y vengo con la idea de radicarme definitivamente en el país. ¿Sabés computación? ¿Qué estudios tenés? —proseguí, mientras se había formado detrás nuestro una cola bastante numerosa que comenzaba a impacientarse.

—Me recibí en Letras hace unos meses, escribo y manejo sin problemas todo lo relacionado con internet y computación —me contestó sin importarle un bledo de las hormigas de la cola.

Le alargué mi tarjeta en la que figuraba la dirección de la agencia española en la que me desempeñaba como corresponsal, situada en Diagonal Norte al 700, a metros de Maipú y Florida, en pleno centro y le dije:

—Hablame mañana a las 11. Puedo llegar a tener algo que te interesará. Si arribamos a un acuerdo, laburo hay y es muy interesante. El trabajo te gustará si realmente tenés pasta.

Oprimiéndole el brazo a través del mostrador, recogí mis dos bártulos, no sin ver antes, de reojo, cómo leía la tarjeta y la guardaba en uno de sus bolsillos, justito sobre uno de sus senos. ¡Cómo me gustaría ser tarjeta!, pensé para mis adentros.

Después de todo estaba contento. El avión tuvo que dar una vuelta por la ciudad pues demoraron en darle pista y pude observar grandes cambios edilicios. En lo que parecía ser la zona portuaria, muy próximo a las vías del ferrocarril, noté un gran tráfico de vehículos y

supuse, de acuerdo a lo que me habían dicho mis amigos en España, que allí estaba el célebre Puerto Madero, con restaurantes y construcciones de lujo. Divisé a lo largo grandes edificios en lo que suponía la zona de Catalinas y para el lado de Libertador, a metros de los bosques de Palermo, uno altísimo, que creí sería el llamado Le Park. Ya me habían contado que los dúplex en ese complejo costaban hasta tres millones de dólares. ¿Vivirían allí los traficantes de drogas, los funcionarios envilecidos y toda esa canalla que había convertido a mi país en una nación de cuarta, empobrecida y desprestigiada?

Todo eso vi desde el aire y por sobre todas las cosas, que la ciudad había crecido como un enorme pulpo, por la ribera hasta El Tigre. Podía divisar desde lo alto, como diminutos puntos blancos, miles y miles de cruceros que se columpiaban suavemente en las aguas “*junto al gran río color de león*”, como muy bien lo dijera Leopoldo Lugones en sus *Odas Seculares*. Pero no todo era belleza. Enormes manchones de viviendas precarias, diseminadas en distintos puntos de la ciudad, algunos muy próximos al macrocentro, formaban, según expresara un célebre actor nuestro radicado en Madrid, las llamadas *Villas Miserias*. Allí se hacinaban con respetables miembros de la baja clase media empobrecida, prostitutas, chorros, drogadictos y gente del hampa. ¡En alguna de esas villas, hasta a la Policía Federal le está vedada la entrada! Finales del siglo XX y principios de XXI. ¡Qué lacra! me dije, mientras a instancias de la azafata, ¡un bombón...!, me aseguraba el cinturón de seguridad.

Contento por el episodio de la tarjeta, atravesé el gran hall y en un *periquete* me encontré sentado en un taxi rumbo al centro de la ciudad.

Como siempre he sido un gran conversador, a los pocos metros estaba hablando con el conductor, que se trataba de un tipo abierto y locuaz.

—Me supongo que llega como turista español ¿no? —fue lo primero que me dijo.

—¿Qué turista español? Lo que pasa es que luego de más de veinte años de ausencia se me ha *pegao* la tonadita de los gaitas —le contesté.

—¡Más de veinte años! —me dijo—. Capaz que tuvo que irse du-

rante el proceso –y mientras me miraba sonriente y con cara de pícaro por el espejo, agregó– ¿monto...?

—Ma qué monto... –al “ma” no me lo había podido sacar desde que fui a la Dante en Rosario, cuando era purrete–. Lo que pasa que en 1976 yo militaba dentro de un peronismo revolucionario, auténtico y muy nacionalista, pero no con “z”. Y que perdió sus mejores hombres al pedo, en una lucha estéril, fratricida y demencial. Si hubiéramos sabido conservar a nuestra gente –agregué–, hoy no estaría el país en las miserables condiciones en que se encuentra, al borde de la bancarrota, desprestigiado por tanto gobernante atorrante y venal.

—¿Y qué hubieran podido hacer? –me dijo–. ¿No ve que todo está podrido...?

—Soldado que huye sirve pa’ otra batalla –le contesté, mientras pensaba que lo del “pa” me lo había contagiado de los gauchos entrerrianos, allá por los doce años y que, al fin y al cabo, al idioma lo hace el pueblo, como dijera Renán.

El chofer del taxi se volvió a sonreír socarronamente y argumentó:

—¿De qué batalla me habla? ¿O ya se olvidó lo que pasó después del 76...?

—No me refiero a lucha armada. Estoy hablando de lucha ideológica... –argumenté.

Me interrumpió diciéndome:

—Después del mayo francés, del cordobazo, del sandinismo, de lo del Che y *tutti quanti*, se acabaron las confrontaciones de ideas. Mire el bloqueo a Cuba, lo de Irak y el desmoronamiento de Rusia, toda una potencia nuclear que llegó a la luna y que aún hoy mantiene durante varios años una enorme estación espacial. ¿Lucha de ideas...? ¿Le parece...?

—Con todos esos conocimientos, dicción y soltura en el hablar ¿qué hace usted arriba de un taxi? –le dije, sorprendido por su erudición.

—Mirá –me dijo–, y perdoname el tuteo, hace unos años me recibí de Licenciado en Ciencias Políticas, en el Salvador, y terminé el doctorado. Después anduve dando vueltas de aquí para allá y luego de laburar durante quince años de simple empleado en una agencia marítima, me despidieron. Con la indemnización me compré este co-

checito y estoy arriba de él más de quince horas. Apenas si saco para el alquiler. Tengo dos hijos y estudian y ahora, con lo del patacón, el ajuste y demás yerbas, ni tan siquiera me puedo ir al país del cual vos acabás de llegar. ¿Qué te parece?

—Vergonzoso, querido doctor —le dije mientras pensaba: ¡peor que cuando me tomé el dos hace unos años!...

De golpe paró bruscamente la marcha

—Tenemos que desviarnos... ¡Carajo, otra vez los piqueteros...! —dijo casi gritando.

Cuando le estaba preguntando qué pasa con los piqueteros nos encontramos rodeados por un montón de personas que portando estandartes con leyendas reivindicatorias de sus derechos, falta de pago de salarios, despidos injustificados, unían a la estridencia de unos cuantos redoblantes una serie de insultos gritados a voz en cuello por hombres, mujeres y adolescentes.

Nuestra bandera marchaba al frente como en el caso de los empleados de la empresa “española” Aerolíneas Argentinas, que media hora antes encontrara en el hall del Aeropuerto de Ezeiza.

Mi amigo el del taxi les pidió en todos los tonos que lo dejaran pasar, que ellos tenían razón pero que al fin y al cabo él era un laburante más, que tendría que dar un largo rodeo y que ya habíamos convenido el precio del viaje y que patatín y que patatán. Pero no pudo doblegar la actitud de los manifestantes y mirándome, se levantó de hombros, impotente.

Sacando la cabeza le dije al que parecía el mandamás del grupo:

—Pero hombre, ¡déjanos pasar que llevamos prisa...!

De inmediato me di cuenta que había hablado en español y para colmo con marcado acento. Pero ya era tarde. Todos empezaron a gritarme de lo lindo y lo menos que me dijeron fue bonito.

—¡Gallego de mierda, chupasangre! ¡Mirá lo que tu patria hizo con Aerolíneas! ¡Se olvidaron de los barcos de trigo que les regaló Perón! Volvéte, moríte...

En vano quise explicarles que tenían razón, que yo no era español, que nos dejaran seguir el viaje. Fue peor. Golpeando la carrocería del coche gritaban: ¡sos un cagón, te hacés el argentino! ¡turro! ¡hijo de puta! y cosas por el estilo...

En eso estábamos cuando apareció un patrullero y de él descendió un oficial que en voz alta les dijo que mientras permanecieran a un costado de la calle podían seguir manifestando.

—Ya quedamos con el sindicato que el corte de rutas es un delito, así que córranse hacia la banquina —agregó.

Varios agentes uniformados aparecieron y rápidamente los fueron llevando a un costado.

Normalizada la situación seguimos velozmente.

—Tienen razón, pero así no se puede seguir —me dijo el del taxi—. Imaginate que varias veces al día pasa lo mismo. El país se va a la mierda y los que nos gobiernan o son unos ineptos o cómplices de intereses inconfesables...

Me di cuenta que desde el exterior no había alcanzado a percibir la cruda realidad que les tocaba vivir a mis compatriotas, luego de veinticinco años de ausencia.

Mientras seguíamos el viaje hablamos de todo un poco. De la selección, de Bielsa, de Batistuta, de Perón, de Menem, de De la Rúa, de Verón.

Cuando llegamos al hotel, en la zona de Retiro, lo saludé al conductor casi con afecto. Ya en la habitación, me dí un buen baño y me dormí un rato hasta las ocho de la noche.

Una vez en la calle subí por los senderos de Plaza San Martín, tratando de olvidar todas las miserabilidades que me había tocado vivir y decidí tomar un café en la vieja confitería de Paraguay y Maipú. Cuando llegué noté que la habían reciclado, que las mesas no eran ya de la gastada y vieja madera de hace años, que el mozo gallego había cambiado de nacionalidad, ya que fui atendido por un paraguayo de grueso pelo negro, muy aseadito y atento, y que los clientes no eran los de antes. El gran tocadiscos, panzón y multicolor, en el que escuchaba a Palito, Fabio, Frank Sinatra y *tutti quanti*, había sido cambiado por un enorme televisor en el que se veían repetidas imágenes del triunfo de Boca.

Lo que también había cambiado era el entorno. En pocos minutos entraban y salían vendedores de productos de toda laya: lapiceras, encendedores, pequeñas máquinas de calcular y relojes con infinidad de funciones, que iban depositando sobre la pulida y blanca fórmica.

Aparte de ello, dos o tres chicos, sucios, pobremente vestidos y con cara ya de adultos, me pedían y nos pedían a los parroquianos algunas monedas... Me sorprendió constatar que en todos los productos, en letras pequeñas, se leía “Made in China”, por lo que recordé con dolor las palabras que unas horas antes me había dicho el taximetrista: *el país se va a la mierda...*

Salí del café y mientras caminaba una cuadra hasta Florida tuve que gambetear varios pozos y gran cantidad de baldosas rotas, bajando cada tanto a la calle para sortear los *aujeros*. Las calles estaban sucias, había papeles por todos lados y los residuos de los negocios, que por la hora estaban cerrados, cubrían parte de la vereda.

La iluminación escasa y macilenta se prestaba al asalto y robo compulsivo, incluso con riesgo de muerte. El del taxi me previno: “andá con cuidado que los atracos están a la orden del día. Tengás o no plata, te matan. Andan drogados y no te fijés si son pendejos de once o doce años. Se rajan del reformatorio, duermen en las calles, andan armados...”

Recuerdo que le pregunté “¿y la policía?”, y él me respondió: “son pocos, les pagan dos mangos, muchos no tienen chalecos antibalas y *algunos están en la joda*”, agregando “al menos los jueces, con la creación del Consejo de la Magistratura, ya no dependen de tal o cual ministro, diputado o senador, tienen las manos libres y si no, ¿cómo concebís que estén en cana el ex-Jefe del Ejército, el mismísimo ex-presi y varios ex-ministros...? A lo que le reconvine que cualquier día de éstos los vería sueltos... Y que observara también cómo una de las salas federales le había ampliado los beneficios de la detención domiciliaria en Don Torcuato al que *te jedi*, que antes le había fijado Urso. Que ahora había transformado la casa en una unidad básica y que hacía política con vistas a ser presidente por tercera vez en el 2003.

Recordaba, faltando pocos metros para llegar a Florida, que me contestó: “Sí, pero a lo bailado no se lo quita nadie. Hace más de un mes que está en cana y todo el mundo que navega por internet sabe que el de la famosa frase *síganme que no los voy a defraudar* y aspirante al Nobel de la Paz, está preso. Pienso que Duhalde, de la Sota y otros, si bien no se lo dicen, se deben estar refregando las manos, locos de alegría...”.

Bueno. Ya estaba en Florida después de ¡tantos años...! En un primer momento parecía ser la misma pero... ¡otra vez la desilusión...!

Curiosí en varios negocios y me llevé la gran sorpresa. En muchos, los dueños eran chinos o coreanos. ¿Qué *mi cointas*...? A los que *mi cointas* los habían desplazado. Después me dijeron que igual cosa estaba pasando en El Once que, como saben, es un barrio en el que nuestros amigos los judíos y a los que llamábamos *turcos*, pero que eran árabes y que cuando debí asilarme, eran dueños de todas las tiendas, bazares y otros negocios; los chinitos y coreanos los habían desplazado... Nuevamente, ¿que *mi cointas*, che...?

Pero, en el caso de Florida, la desilusión era doble, o si quieren, triple o llevada a la enésima potencia. Lo mismo que Paraguay y demás calles: sucia, llena de papeles y con cualquier cantidad de tipos que, tirados en las veredas, unos con pequeñas *verduleras* y otros con guitarras y bombos, mal vestidos, mugrientos, tocaban toda clase de música –algunos bien, otros como el culo–, pero las moneditas quedaban en el piso, sobre un trapito o sobre algún recipiente atorrante, que más tarde habría de servirles de plato, de improvisada olla donde morfarían cualquier basura o acaso de *escupidera*.

Algunas mujeres con largos vestidos y llevando un casi bebé, siempre rubio, tiradas en el suelo y rodeadas de todo tipo de bártulos, *tiraban la manga*. ¡Qué castellano!, ¿no?

¿Polleras largas y chicos rubios, tirando la manga...?

Bien pronto constaté que tales mendigas no hablaban en nuestro idioma. Cuando le pregunté a una de ellas de dónde eran, me enteré que de Rumania. Y algo le comprendí, ya que en su lengua hay palabras que se entienden, pues como se sabe Rumania viene de *romania*, y la influencia de los que otrora fueron pueblos latinos –italianos, franceses, españoles y portugueses– fue grande. Éstos fueron invadidos por los bárbaros, que se quedaron, y el latín original se fue a... ¿adónde se fue...? A La Divina Comedia y al Quijote y a toda esa literatura maravillosa del siglo de oro. Pues debemos ser sinceros y rendir homenaje a Villón, a Racine, a Petrarca, al Dante, a Lope, a Calderón, pero también a José Hernández, Ascasubi, Güiraldes, y ahora a Discépolo. ¿Tenía razón Capdevila cuando desde *La Nación*, allá por los cincuenta, desde sus hermosas, eruditas y cuidadas páginas, nos decía a los es-

critores que debíamos discurrir en *castellano*...?

Que me disculpe Don Arturo, cuyo poema *Nenúfar* es una joyita, pero se ve que no era muy consecuente con Renán, aunque estoy seguro que lo había leído. No hablemos ya de ese escritor funcionario, buen escritor, que tocando el siglo XXI anduvo por eso de la pureza de nostra lingua, y tuvo que dejar el cargo. El Discépolo poeta merece un párrafo importante. Después, te contaré.

Luego de lo de las rumanas, me hastié y me fui al hotel. Por dos cosas: era ya tarde, una, y la otra, que mañana me iba para Posadas, no a las cataratas, tan espectaculares y que estaba seguro no habrían cambiado —las cataratas, no su entorno—. Desde Posadas debía internarme en plena selva para saludar antes que a nadie, antes que a los parientes, siempre tan poco fieles, a Iona, el ahora gran pintor; a Iona, el rumano, con el que siempre hablábamos de tanta cosa, apoyados en las rugosas mesas de madera del café de Paraguay y Maipú, allá por 1968, hace de esto más de veinticinco años y cuando en ese entonces era casi un diletante, con varias colectivas y una poco exitosa exhibición individual.

Bien pronto estaba en manos de Morfeo. Bien pronto en Posadas, a la que llegué rápidamente en avión con el consabido y reiterado *cagazo* que me agarraba cada vez que debía montarme en un bicho volador, y bien pronto en un micro viejito y rezongón que, metiéndose en la selva tupida, en la maravillosa selva misionera, con sus caminos como de sangre, sus leonados ríos rumorosos y sus lejanas montañas azules, era para mí una de las más lindas provincias argentinas, me iba llevando a lo de Iona.

Cuando llegué hasta un pueblito —quince o veinte ranchos de techos de caña, con algunos indiecitos en pata, algunos perros flacos y varias gallinas que sin importarles de nosotros, picoteaban despreocupadas en el duro y rojizo patio—, luego de preguntar por el pintor, por el de largas patas y luenga barba, me encontré traqueteando sobre un sulky reviejo que, tirado por un caballito trotador, se fue metiendo de lleno en plena selva, donde ya en esta época del año las orquídeas empezaban a florecer transformando todo en un jardín flotante, los pájaros de mil especies en un concierto con orquesta a pleno y los monos, chillones y saltarines, en un remedo de hombres chiquitos y bullangu-

ros, ocupados en sacarse los piojos con mucha prolijidad y reconcentrado esmero. No nos olvidemos que al fin y al cabo, nosotros pertenecemos al género de los primates, *aunque con médula ensanchada*. Por eso, siempre los monos me resultaron tan simpáticos y, en cierto sentido, hasta llegué a envidiarlos. Por lo menos la evolución no los metió en este Gran Hormiguero en el que nos debatimos, ni en esta incierta y tremenda aventura cósmica que nos está tocando en suerte.

Luego de una media hora larga, el sulky se detuvo, ya que la senda terminaba de golpe ante un intrincado monte añoso. El indio guaraní que conducía se bajó y tomando mi escaso equipaje me dijo: *chamigo tenemoj que camina unoj doscient metroj*. Mientras decía esto —estaba *en pata* y casi *en bolas* con el torso desnudo y algo que alguna vez había sido un pantalón—, se internó por un caminito que tenía más yuyos que tierra y apartando las ramas de los árboles que le dificultaban el paso, se fue metiendo en plena selva, mientras que con un enorme machete iba cortando hábilmente algunas cañas. De golpe se paró y extendiendo el brazo me señaló a unos cien metros más allá, un gran rancho, tapado a medias por la vegetación, diciendo: *casa pintor, casa Iona*. Desde la casa-rancho salieron dos enormes perros que ladrando se nos vinieron con caras de pocos amigos.

Un gigantón de larga barba blanca, que pensé era mi amigo Iona les pegó un fuerte grito y los animales se detuvieron como por encanto, rodeándolo cariñosamente.

Iona siguió caminando hacia mi encuentro despaciosamente. Se notaba que no sabía quién era. En tantos años apenas si nos habíamos escrito. Si no hubiera sido por lo de mi cargo de corresponsal en Buenos Aires posiblemente no habría retornado al país. Y ahora, una vez en él, con mis padres ya muertos, Iona era uno de los pocos amigos que me quedaban; de ahí mi gran necesidad de verlo y mis deseos de tocar nuevamente tierra mesopotámica y sobre todo misionera. Si bien estaba más ligado con Entre Ríos, donde había pasado gran parte de mi infancia y con Corrientes, la hermosa ciudad a la que en aquel entonces —aún no existía el puente que la unía con Barranqueras y Resistencia— se llegaba en balsa, siempre desde chiquito, las aguas del Paraná me habían subyugado.

Después de todo, a Misiones, también la visitaba el gran río y sus

arroyos en su largo viaje hacia el mar...

A Iona lo conocí, ocasionalmente, en el viejo café de Paraguay y Maipú, ya que a Buenos Aires, donde él vivía, me trasladé después de la caída de Perón, alrededor de 1956, desde Rosario, para *hacer política*...! En Rosario, donde en ese entonces ocupaba un cargo público, al ser nombrado un milico como interventor de la Aduana, donde trabajaba, le tiré —antes que me echaran por peronista— mi renuncia a la cara. Y con dos mangos apenas me fui para Buenos Aires. Allí, el justicialismo me había conseguido, *gratarola*, una vieja casona, a metros de Pampa y Cramer, en la cual, según decían, vivió Elpidio González, el que fuera vice de Yrigoyen.

Cuando estaba a pocos metros de Iona, le grité:

—Soy yo, ¡carajo!

Su rostro se iluminó con una gran sonrisa y mientras apresuraba el paso hacia mí con los brazos abiertos, me estrujó en un fuerte y prolongado abrazo.

—¡Ricardo, Ricardo, Ricardo...! ¡Querido amigo, tantos años...! ¿Y qué hacés acá, en medio de la selva?

En dos palabras lo puse al tanto de lo de la corresponsalía y que con o sin ella, había regresado para quedarme y para morirme tarde o temprano, en esta bendita tierra.

Me contó que allá por los ochenta, cansado del infierno en que se estaba convirtiendo Buenos Aires, decidió hacer lo de Horacio Quiroga y se vino para Misiones, donde por dos pesos compró más de cuatrocientas hectáreas de tierra, en las que había plantado un poco de yerba, que le permitía subsistir. Que seguía pintando y que una vez por año realizaba una muestra en una privilegiada galería de Buenos Aires que promocionaba su obra y que si bien las ventas habían caído mucho debido al malísimo estado económico del país, siempre recibía algunos mangos, cuya mayor cantidad guardaba en dólares. Que tenía una quintita, en la que había sembrado tabaco, maíz, zapallo y diversas hortalizas que le permitían vivir del autoconsumo. Que la pesca era muy buena, ya que un río con su pequeño salto —cuyo ruido alcanzaba a percibir—, pasaba por los fondos de su rancho, del que se proveía de surubíes, pacúes, dorados y otras yerbas, que si bien consumía frescos, solía guardar ahumados. Gallinas, patos, unas vacas, varios caba-

llos... En fin... me dí cuenta que mi amigo no tenía problemas y que era feliz.

Entramos al enorme rancho. Se trataba de un solo ambiente muy grande, casi de diez por diez. En el fondo una hamaca paraguaya blanca reinaba en el rincón derecho de la vivienda. Era el dormitorio. Todo lo demás, a excepción hecha de un pequeño lugarcito destinado a una cocina a gas de garrafa, estaba ocupado por el taller de pintura. Dos grandes caballetes contruidos con tosca madera del lugar y dos mesas. Y por todos lados pomos y tarros de pintura. Frascos, tremen-tinas, aceites y bastidores de todos los tamaños daban forma a un des-prolijo pero completo *atelier*.

Nos sentamos en unas pesadas sillas hechas por Iona, alrededor de una gruesa y tosca mesa, también hecha por él. Empezó a ir y venir el mate, con yerba cosechada por Iona y, como en épocas lejanas, se fue alargando una sentida charla de viejos amigos que hacía muchos años que no se veían, mientras un curioso coatí iba y venía por la habitación, haciendo pequeños círculos con el hocico pegado al duro suelo de tierra colorada.

Me explicó con lujo de detalles todo lo vivido durante mi ausencia a partir de 1976. Me confirmó la desaparición de Laura y de varios compañeros, que si bien nada tenían de comunistas, militaban en las filas más ortodoxas del peronismo. A muchos de ellos los habían secuestrado, torturado y luego desaparecidos, al pedo, ya que no formaban parte de ningún grupo armado y solamente combatían ideológicamente contra quienes decían gobernarnos pero que a instancias de nuestros "amigos" del norte llevaban a cabo todo un operativo de exterminio que terminaría entregándonos al Fondo Monetario Internacional.

—Y fue así nomás —le dije—. Pero ellos también se jodieron, ya que ahora están en cana y el Fondo y West Point y todo el gobierno yanqui, sea demócrata o conservador, se cagan en ellos.

—Como se cagaron durante la Guerra de las Malvinas —me dijo—. Muchos morochitos de Misiones, Chaco, Formosa, Corrientes, Entre Ríos, Salta y en fin... de todo el país, con apenas meses de instrucción fueron llevados engañados, y allí, en las gélidas tierras del archipiélago, se quedaron. Vos sabés que no soy argentino de nacimien-

to, pero vine a los dos años, me nacionalicé y me siento nativo como el que más.

Vi cómo en su rostro se dibujaba un rictus de indignación y de dolor.

Nos quedamos callados unos instantes.

Rehaciéndome de mi gran angustia cada vez que se tocaba el tema de las Malvinas, le contesté:

—Fue una maniobra vil para entregar las islas, ya que estoy convencido que durante el mes que tuvimos de tiempo antes que llegaran los ingleses, se hubiera podido alargar en unos cuantos metros la pista de las islas, a fin de que los Mirage desplegaran con toda comodidad una autonomía de más de trescientos kilómetros. Y a su vez —agregué—, en lugar de soldaditos que, no obstante todo el inmenso valor que desplegaron, eran bisoños, hubiéramos llevado dos o tres mil suboficiales con experiencia, dispuestos a morir y no a entregarse en Puerto Argentino como lo hicieron, en masa y pacíficamente; otro hubiera sido el cantar. Mirá, y para finalizar con el tema, si se fueron de Vietnam, si no pueden con Irak, ni con Cuba, que está a pocos kilómetros de ellos, menos hubieran podido doblegarnos, máxime cuando nos acompañaban la mayoría de los países latinoamericanos. Nos agarramos la guerra en joda, como si fuera un partido de fútbol, con la gente yendo a los cines, a los boliches y con la tele a pleno. Estoy de acuerdo, que si quieren, a Cuba la toman en un par de días, pero no lo hacen, ya que sería una carnicería. Inútil fue el sacrificio heroico de los pilotos argentinos. Tan sólo por eso no tendríamos que seguir usando ropa con grandes leyendas en inglés.

—Ya pasó —me dijo Iona alargándome el enésimo y último mate.

Levantándome empecé a recorrer el estudio. Las paredes estaban tapizadas con obras de gran tamaño, todas pintadas al óleo, en las que mi amigo hacía gala de un intenso colorido y una vigorosa paleta. Allí estaba Misiones, con sus selvas, ríos, saltos, colinas, aves y toda una prodigiosa gama de verdes, rojos y amarillos. Manejaba la espátula con una soltura y vigor envidiable. Pintar bien con espátula no es moco de pavo, como solía decir un gran amigo. Desde el trazo grueso, firme y vigoroso, muchas veces de varios centímetros de ancho, a una línea de apenas un milímetro, todo realizado con la espátula que al fin y al ca-

bo, es de metal; exige una técnica envidiable.

Mientras conversábamos me llevó hasta un pequeño mueble de dos puertas y me espetó sonriente:

—¿A que no sabés qué guardo allí...?

—Seguro que nuestra correspondencia de apenas media docena de cartas no ha de ser... —le contesté también sonriente.

Resueltamente abrió las dos puertitas y agachándose extrajo una carpeta voluminosa que enseguida reconocí, no obstante el tiempo transcurrido. Entregándomela me dijo:

—Es el borrador de tu proyectado libro *Los Cuentos del Hormiguero*. Los he leído varias veces... ¡Tenés que publicarlo...!

La emoción que sentí al tener en mis manos los borradores de aquel libro —escrito en un momento muy especial de nuestra historia, que coincidió con diversos golpes de Estado, a través de los cuales se inicia en este bendito país todo un proceso de entrega, seguido luego por civiles poco patriotas y uniformados rebeldes, que transformaron a la Argentina en una colonia dependiente de los grupos financieros internacionales—, fue muy grande y casi imposible de describir.

Le di un gran abrazo, casi tan grande como aquel que le diera muchos años atrás, cuando al tener que dejar compulsivamente el país le entregué esa misma carpeta, diciéndole *guardámelo hasta la vuelta. ¡Hasta que estas mierdas se vayan...!*

Palmeándolo le comenté:

—Los mierdas se fueron, pero los civiles que llegaron después, a través de comicios aparentemente libres pero viciados por el recuerdo que la población guardaba del proceso, por lo que votaba a cualquiera que le hiciera falsas promesas, no fueron mejores. Hubo más libertad, pero las leyes de punto final y obediencia debida de Alfonsín, que no robó —mirá que no soy radical— y del que te jodi, que con promesas pro-peronistas que no cumplió, enajenó por dos mangos a todas las grandes empresas y, no conforme con ello, aumentó la deuda externa en un monto sideral que no podremos pagar nunca; nos jodieron para todo el viaje.

—Más las coimas, más las coimas —agregó Iona—. Lo del indulto, que fue una burla indecente. Por algo está en cana, aunque no te asombre que le busquen alguna triquiñuela legal, la Cámara o la Corte. Él

todavía sueña –continuó– con ser presidente en el 2003 y quiere manejar el partido, sabiendo, porque lo sabe, que no lo va a votar nadie.

Y mientras me llevaba tomado del hombro fuera de la casa, insistió:

—Tenés que publicarlo... Está escrito en lenguaje coloquial, el que usamos todos los días, es decir, el idioma del pueblo...

—En cuanto a lo del lenguaje estoy de acuerdo con vos –le contesté—. Todos mis amigos intelectuales –denominación que a Cortázar no le gustaba–, hablan como yo he escrito los cuentos novelados; putean y carajan de lo lindo, pero cuando empiezan a escribir, vuelven a la que considero va siendo ya una lengua muerta –por lo menos para nosotros—. Por eso, en la mayoría de los buenos autores y en la de los bestsellers, de dudosa literatura y que te encajan luego de gran publicidad escrita y televisiva, te encontrás, salvo honrosas excepciones de editoriales como la gente, con un idioma que no es el nuestro. Fijate que en toda América Latina, menos entre nosotros y entre los amigos uruguayos, se habla un castellano más puro y así se escribe. Tal el caso del genial García Márquez y de Vargas Llosa. Nosotros y nuestros amigos uruguayos hablamos un castellano que un colono entrerriano, descendiente de turineses, bautizó acertadamente en su lenguaje campero como “castizo-overo”...

—Las letras de Discépolo –interrumpió Iona– van a quedar sin duda alguna incorporadas definitivamente al idioma.

—Mirá que algunos poetas siguen aún clasificándolas como “poesía menor” –le dije—. Vaya y pase que los bardos de hace unas décadas lo consideraran así. Por eso ahora, los que adhieren muy tarde al surrealismo europeo de los veinte, escriben poemas difíciles, en clave, que no lográs entender. A ellos les cuesta ubicar a Discépolo como un poeta mayor. Sus letras, tan actuales aunque tengan medio siglo, siguen vigentes. Fijate que La Divina Comedia, un monumento de la literatura universal, fue en un principio repudiada por los consagrados de su época. Había sido escrita en el italiano que en ese entonces nacía de la mano del pueblo. Y en cuanto al castellano, compará el Mio Cid con Lope de Vega o, más acá, con Azorín y vas a ver como los idiomas cambian con el transcurso del tiempo y siempre de la mano del pueblo. El escritor de avanzada lo recoge, posiblemente lo mejora, pero siempre

de la mano del pueblo –agregué–. La literatura no debe ser de una élite, cerrada, impermeable, que sin darse cuenta que el tiempo la devora, sigue escribiendo para un pequeño número, que pese a su declamado progresismo continúa aislado, autoaplaudiéndose. En esto, estoy con Hesse, querido amigo.

—Con más razón –me dijo Iona–. Tenés que publicar los Cuentos del Hormiguero. Son actuales, pese a que tienen ya varios años. En ellos, con tu colectivización, cuando los escribiste en la década del 60, te adelantaste a lo que se ha dado en llamar globalización.

—¡Ah!, con respecto a todo esto te quería comentar algo que escuché por televisión, en pleno vuelo sobre el Atlántico hace algunas horas. Me interesó ya que se reproducía un pensamiento que está en boga hoy en día, con respecto a robots tan perfectos que suplantarán y manejarán a su arbitrio al Hombre y a la humanidad. Te aclaro –agregué– que este reconocido hombre de ciencia dio con la pelota en el travesaño, como vulgarmente decimos, aunque no en el clavo. Vos sabés que ya en la década del sesenta hablaba del tema en Los Cuentos del Hormiguero, que vos me incitás a publicar, pero con un enfoque y conclusión distinta, que se construye a partir de lo que nos enseña la antropología física.

—Si bien a tu pensamiento de aquel entonces lo recuerdo, me agradecería que me dieras una explicación breve –me dijo Iona al tiempo que me alcanzaba un mate.

En pocas chupadas terminé el mate y devolviéndoselo le dije:

—Es la Naturaleza la que conduce el proceso a través de la evolución. En eso, soy darwiniano. El Hombre, por lo tanto, nosotros, como fenómeno natural cabeza última y pensante del filum de los primates, somos un mero instrumento. Nada hay sin la Naturaleza. No se pudo prescindir de ella desde el momento de la *creación* –dale al término el alcance y significación que más te guste–, pues a partir de allí el proceso seguirá su curso inexorablemente. Ya viene programado. A los presupuestos técnicos los maneja el hombre, con todos los elementos que le fue dando la Naturaleza. No hablaremos del instrumento de piedra, ni de la ballesta. Arrancá de la máquina a vapor (hierro, agua, fuego), estaban ya. Luego vendrán la telecomunicación, la electricidad, que es un fluido natural prehomineano, la división del átomo, la ge-

nética, la cibernética y *tutti quanti*. A partir de allí, con todos esos elementos, el cerebro humano, que también se fue desarrollando luego de millones de años, ha ido construyendo, primero en forma rudimentaria y luego ya mucho más compleja, los actuales robots. En ellos no hay ningún elemento que no existiera en la Tierra. Los robots harán tareas primarias y poco a poco más especializadas. Algo parecido y luego más complejo que el aparato que los rusos enviaron a la luna y que volvió con una muestra de su suelo, pero nada más.

Mientras Iona me alcanzaba un nuevo mate, en el intervalo me dijo:

—¿Y luego los robots que nos suplanten? De suceder eso la vida sería muy aburrida y si querés, trágica. ¡Qué experiencia cósmica inútil, percedera! ¿No te parece?

Después de devolverle el chirimbolo vacío y previa chanza, ya que con Iona habíamos hablado muchos años antes del tema, le agregué sonriendo:

—Vos sabés que lo lamentable es que la genética y la cirugía, con sus implantes cerebrales, como lo esbozara hace tanto tiempo en Los Cuentos, ¿te acordás que a fines del 68 lo conversábamos en el viejo café de Maipú y Paraguay?, terminarán transformando a los hombres en robots de carne y hueso, pero especializados. Unos serán programados para vivir en Marte, otros en la luna, otros en el fondo de los mares, unos en obreros y obreras asexuados...

—¿Y los zánganos? —me dijo.

—No existirán —le contesté—. No te olvidés Iona que el cerebro del hombre ha venido evolucionando y ahora con la clonación y luego con la incubadora madre ¡a otra cosa!

—¿Y entonces?

—¡Once! —le contesté riéndome.

—Quiere decir —agregó— que se acabaron los pantagruélicos asaditos de la Costanera, el encame con Mabel, las barras bravas...

—¡Addio al amore, mio caro...! —le dije devolviéndole el último mate que estaba frío y relavado y riéndome con sorna le pregunté—: ché, por acá, ¿no habrá algún hotelito...?

Riéndose él también me pegó un empujón que casi me tira al agua, diciéndome:

—¿Por qué no te vas a la puta madre que te parió?

En un santiamén nos quedamos en bolas y dando un gran salto nos tiramos al agua muy cerca de la hermosa catarata del arroyo.

Cuando salí a la superficie, sacudiéndome el pelo mojado, le grité:

—¡No te olvides de la promesa de una guainita...!

—Después del asadito podés usar la hamaca paraguaya. Te haré cebar unos cuantos matecitos bien calientes por la Lisandra —me contestó.

—Y vos ¿dónde vas a dormir?

—No te aflijás. Cerca de acá —respondió, mientras señalaba un pequeño rancho que se escondía detrás de unos arbustos, sobre la barranca del arroyo.

—¿Solo...?

—Menos averigua Dios y perdona —me dijo, mientras cacheteando la superficie del torrente me llenaba la cara de agua.

Después del asado pasé una hermosa noche. Al día siguiente, Lisandra, riéndose, me despertó con unos mates bien *calientitos*...

Mientras escuchaba el grito inconfundible de un pitanguá², pensé para mis adentros ¡A la mierda con los implantes...! ¡A la mierda con la corresponsalía...!

2 *Pitanguá*: Benteveo en castellano. Pajarito abundante en casi todo el país.